

vuestra hora y de los poderes infernales.»¹ Tal es el exordio de su Pasión. Y ¿cuál será el epílogo? «Todavía os falta un tormento que aplicarme: acercad la hiel á mis labios ardorosos con la sed de la agonía, sed tengo. . . . Ya está cumplida la Escritura, todo está consumado.»² ¿No es esto padecer como Dios? ¿Hay victoria más completa y más brillante en el campo del dolor? Después de esto podéis aún contemplar su noble actitud en el combate, la majestad en el semblante, el silencio triunfal, como lo llama San Ambrosio³, que guarda en medio de aquella infame vocería, el fuego inmenso de su caridad con que ama á sus mismos verdugos é implora perdón para los que le crucifican y blasfeman, la constancia insuperable con que permanece en la cruz como en un lecho de rosas, hasta dar el último suspiro. . . . «Verdaderamente, quien tal hace, quien sufre de este modo, quien así muriendo vence á la muerte, no puede ser otro que el Hijo de Dios.»⁴

8. Hijos de Dios y más que hombres parecen aquellos que, transformados en Cristo y con él crucificados, como el egregio Apóstol⁵, ofrecen el pecho descubierto á los dardos del dolor, ya en la persecución, ya en la enfermedad, ya en cualquier otro lance temeroso de esta vida erizada de dolores. Más que hombres, héroes son los que, antes de traicionar sus deberes morales, escogen la muerte entre torturas y suplicios, diciendo en alta voz: «¿Qué cosa podrá separarme del amor de Jesucristo? ¿la muerte? ¿el peligro? ¿el filo de la espada?»⁶ ¡No! nada me apartará de la caridad de Dios

¹ Luc. 22, 53.² Io. 19, 28. 30.³ Ambr., Serm. 17 in Ps. 118.⁴ Matth. 27, 54.⁵ Gal. 2, 19.⁶ Rom. 8, 35.

y de la obediencia de su Ley.» Así lo han demostrado hasta el día millones de mártires, multitud de santos, un mundo entero de almas generosas que, en la escuela de la Pasión del Salvador, aprenden á sobrellevar con paciencia sus trabajos, bendicen á Dios en sus tribulaciones, confunden á los sabios y esforzados del mundo con el ejemplo de su magnanimidad. ¡Bendita sea la Pasión de Cristo que hace al hombre tan superior á su natural flaqueza!

II.

9. Si vencerse á sí mismo, hermanos míos, es obra que eleva al hombre sobre sí y sobre el nivel de los demás, por lo cual puede llamarse sobrehumana, más grande y más gloriosa es todavía la victoria del hombre sobre el mundo, no ya sobre el mundo de los cuerpos, que se destruyen con la espada y el cañón, sino sobre ese otro de las almas, ó, mejor dicho, sobre esa atmósfera de sombras, errores y pasiones que cubre y envuelve por todos lados á la humanidad. Pues bien, cristianos: quien ha vencido al mundo en campo abierto, en la arena de su pasión, es Jesucristo. Él ciertamente había dicho: *No he venido á juzgar al mundo, sino á salvarlo*¹; pero, una vez que el mundo se obstinaba en su incredulidad, rechazando al Salvador, juzgado quedaba por sí mismo²; y, llegada la hora en que el mundo había de desplegar su rabia contra Cristo y condenarle á muerte, él mismo había de ser juzgado y condenado también á pena capital. ¿En dónde, sino en el tribunal de la razón, del buen sentido de la historia? Más tarde, al final de los tiempos, lo será solemnemente en el tri-

¹ Io. 12, 47.² Ibid. 3, 18.

bunal del Juez eterno¹. *Ahora, decía Jesús, va á ser juzgado el mundo, y su príncipe va á ser lanzado afuera*².

10. En la pasión de Cristo fué cuando tuvo lugar este famoso proceso contra el mundo, y su sentencia á pena de perpetua infamia. ¡Triunfo espléndido, aunque oculto por aquel entonces, manifiesto más tarde á la vista de todas las generaciones!

Porque, mis amados hermanos, no fué Jesucristo el procesado y condenado en Jerusalén por aquellos asquerosos tribunales, por más que así lo parezca á los ojos de la carne: el mundo fué quien allí se exhibió; el mundo, quien fué sacado á pública vergüenza y marcado con baldón de ignominia, de que no llegará á lavarse jamás; el mundo, dice San Agustín, de las tinieblas, de los amadores de la tierra, de los impíos³, de los que no quisieron reconocer á Cristo. ¿Quiénes fueron éstos? Sus nombres han pasado á la posteridad cubiertos de lodo; ¡más les valiera haber quedado sepultados en eterno olvido! Anás, Caifás, Herodes, Poncio Pilato, el populacho judío, ¡Judas también, el villano apóstata, el tipo del traidor y del avaro miserable! Y aquéllos eran entonces los próceres de la nación, los Sumos Sacerdotes, el Pretor romano, el Rey de Galilea...! ¡Qué monstruos todos ellos! Y ¿cómo los obligó á exhibirse la adorable Pasión? Como eran, nada más; pero esto bastaba para hacerlos eternamente detestados y detestables... No hay alma noble y corazón honrado que no sienta bascas de muerte al sólo recordar esos odiosos tipos; si alguien pudiera simpatizar con ellos, de

¹ Matth. 26, 64.

² Io. 12, 31.

³ S. Aug., Tract. in Ps. 54.

seguro sería tan malvado como ellos, de alma vil y despreciable.

11. Deteneos un momento más á considerar esta victoria moral de nuestro Salvador, este triunfo que lo levanta á la mayor altura á que puede alzarse un hombre, no por sí solo, sino por el brazo de Dios¹. ¿Quién resulta vencido en los palacios de Anás y de Caifás, sino la hipocresía farisaica que allí se muestra en toda su fealdad, sin que basten á disfrazarla todas aquellas apariencias de religión y celo de la honra de Dios y de la salvación del pueblo? Allí se dejó ver á los ojos de todo el universo, hasta del pagano Pilatos, la envidia rabiosa que los carcomía, el odio concentrado y envejecido que los devoraba contra el severo censor de sus abusos y dañados fraudes, de su oculta maldad y simuladas virtudes; allí se descubrió clarísimamente la mala conciencia de aquellos inicuos jueces que forjaban ellos mismos y premiaban la calumnia y el perjurio y la traición... ¡Qué escándalo tan vergonzoso sacado á la luz pública para toda la serie de los siglos! Y ¿qué figura la de Pilatos, el prudente gobernador de la Judea, el tipo de los magistrados en la escuela de la astucia y del egoísmo, que es hoy como entonces la escuela del mundo! Ahí tenéis retratado en Pilatos al hombre de los respetos humanos, al que quiere contemporar con la maldad sin atropellar aparentemente la justicia, más bien que por amor á ésta, por respeto á la opinión, á la fuerza superior: ahí tenéis al ambicioso que, puesto en la alternativa de perder la posición y la gracia del César, ó sacrificar la vida del inocente, opta, después de muchas vacilaciones, por el partido del

¹ Et brachium Domini cui revelatum est? (Io. 12, 38.)

interés, procurando excusar su crimen con salvedades hipócritas. ¡Miserable política del mundo! ¡qué lucida apareces en la persona del Procónsul romano! ¿Qué diremos de Herodes, el frívolo y sensual? Nada, pues ya lo dijo todo el inquebrantable silencio de Cristo, quien no se dignó contestarle una sola palabra. ¡Qué castigo para la vanidad de aquel monarca rodeado de un ejército de charlatanes! Herodes afectó despreciar á Jesús como á un imbécil; mas ¿quién fué en puridad el despreciado y despreciable? La razón ha fallado hace diez y nueve siglos.

III.

12. Vencido el mundo, no pudo quedar en pie el trono del usurpador que lo tiranizaba. *Ahora el príncipe de este mundo será arrojado afuera*¹. Todos los pueblos clamaban desde el fondo de su esclavitud: «¡Afuera Satanás! ¡afuera el opresor de la pobre humanidad!» Pero ¿quién era capaz de ponerlo en fuga mientras no fuese más que hombre? ¿qué puede el hombre por sí solo contra un tirano tan potente y bien armado? En paz estaban todas sus posesiones²; pero he aquí que le presenta batalla otro capitán más fuerte que él, porque viene armado de la virtud de Dios, y la victoria no queda dudosa un solo instante. Jesucristo, vencedor del mundo, ha puesto en fuga al príncipe infernal. Sí, hermanos míos, es un hecho que el imperio del demonio se derrumbó con el sacudimiento causado por la muerte de Jesús: así lo confesaron, entre aullidos y lamentos horribles, los oráculos esparcidos por todo el mundo antiguo. Jesucristo llegó hasta

¹ Io. 1. c.

² Luc. II, 21.

encadenar al demonio, el cual no puede ya dañarnos á su antojo, mas, como león rugiente, pero atado á la cadena, sólo puede amenazarnos y amedrentar á los cobardes con sus bramidos¹.

Si el tiempo y la ocasión lo permitieran, veríamos realizada la victoria de Cristo sobre el enemigo acérrimo de la naturaleza humana con las circunstancias más brillantes; pero éste es un asunto que reclama discurso por separado.

13. Resumamos para concluir. El hombre se ennoblece y dignifica á medida que se asemeja á Cristo paciente, á Jesús crucificado. La pasión es el espejo de la verdadera grandeza moral, porque es el triunfo de los triunfos, la mayor de las victorias que hombre nacido pudo soportar sobre cuanto hay de fuerte é invencible en la creación: el dolor, el mundo, el demonio. Por eso la razón, de acuerdo con la historia imparcial y no vendida á la mentira, atestigua que todo lo grande, digno y noble está del lado de Jesucristo y de su Iglesia, madre de todos los santos, no quedando del lado contrario sino todas las miserias, cobardías é infamias que afrentan á la naturaleza envilecida por el pecado. *El que no está conmigo, pelea contra mí*². No cabe, pues, neutralidad. Lo mismo repite y repetirá siempre la Iglesia de Cristo, representación auténtica del Salvador sobre la tierra. Los poderes del abismo, atizando el fuego diabólico de todas las malas pasiones humanas, se desencadenan hoy día con mayor encarnizamiento contra Dios y su Cristo³; los pueblos obcecados maquinan planes insensatos de independencia absoluta de Dios y de la ley moral. Nada temamos

¹ 1 Petr. 5, 8.

² Matth. 12, 30.

³ Ps. 2, 1.

mientras permanezcamos unidos á la cruz de Cristo: en este signo venceremos. Y al triunfo seguirá la corona de la gloria. Así sea.

CONFERENCIAS CUADRAGESIMALES.

Primera Serie.

LA PALABRA DE DIOS.

(Predicadas en Bogotá, 1886.)

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA.

Historia y caracteres de la Palabra de Dios.

Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei.

No de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

Matth. 4, 4.

1. Venimos, hermanos carísimos, convocados por la Iglesia nuestra Madre, á alimentar y fortalecer nuestras almas con el pan celestial de la palabra que procede de la boca de Dios. Y cierto, ningún tiempo del año mejor que el de la santa Cuaresma, destinado á prepararnos á celebrar dignamente los augustos misterios de la Pascua, para oír atentamente y escuchar con piadosa avidez esta palabra divina, instrumento principal, según las miras de la Providencia, así para el establecimiento de la religión como para su conservación y desarrollo en la Iglesia católica. Por eso veréis en todas partes, durante esta sagrada cuarentena, agolparse al pie de la cátedra de la verdad las multitudes de creyentes, ávidos de recoger de los labios del ministro de la palabra, esos raudales de luz y de doctrina que han de avivar su fe, conmover su corazón y dirigir su voluntad hacia el bien supremo de la salud eterna. ¿Qué son

esas multitudes sino turbas de espíritus necesitados de alimento divino, hambrientos de sustento que dé vida al corazón, de ese pan bajado del cielo para dar al hombre la inmortalidad, pan que no encuentran en ninguna otra parte fuera de la casa de Dios, porque sólo en ella se dispensa la palabra que emana de los labios del celestial Maestro: *Señor, ¿adónde iremos, si tú solo posees palabras de vida eterna?*¹ ¡Oh! y ¡cómo quedan satisfechos muchos de estos corazones después que han gustado en estos sagrados banquetes espirituales la palabra evangélica que nutre, alienta, alegra é infunde vida sobrenatural! ¡Desdichados pueblos aquellos que carecen del ministerio santo de la palabra, por falta de quien la distribuya! Arraigada allí la ignorancia religiosa y moral, el indiferentismo se apodera de las masas, las costumbres se relajan miserablemente, y por todas estas causas las almas agonizan en el desfallecimiento y acaban por perecer en gran número por toda la eternidad.

2. No pretendo, hermanos míos en Jesucristo, hacer precisamente el elogio de la palabra de Dios, demostrándoos sus beneficios, á todas luces evidentes, en orden á la santificación de los pueblos é individuos. Por hoy quiero solamente daros una idea general de esta divina Palabra, materia de las conferencias cuadragesimales que me propongo dirigiros el presente año, exponiéndoos su existencia real é histórica, su naturaleza, objeto y caracteres, persuadido de que nada contribuirá tan eficazmente á prestarnos las disposiciones necesarias para aprovechar esa divina palabra, como el formarnos de ella el altísimo concepto que merece, de donde na-

¹ Io. 6, 69.